

Mons. Tihamer Toth

De la Dignidad Paterna

Dios nos da una prueba de amor profundo, no contentándose con las tres primeras leyes que defienden su propia dignidad, sino promulgando también en un grupo especial siete leyes más, que ya no defienden sus derechos, sino que regulan las obligaciones de los hombres entre sí.

En ello puede verse la distinción de nuestra dignidad humana. Dios promulgó en la misma ocasión y con la misma fuerza obligatoria las tres primeras leyes que defienden sus propios derechos, y las otras siete, que hacen posible la convivencia humana. Tal hecho pregona con toda claridad el gran pensamiento de Dios: "No puede amar a Dios quien no sabe amar al prójimo". Este hecho pregona lo que más tarde expresó con las más claras palabras NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO: *"Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo"* (Lc. 27).

El segundo grupo de las leyes del Decálogo, regula las relaciones del hombre con su prójimo. Y como quiera que los más cercanos son los padres, es muy natural que en el frontispicio del segundo grupo, en el cuarto Mandamiento, se trate de regular las relaciones entre padres e hijos.

Acaso se pregunten: "¿Podemos también nosotros, hombres maduros, padres de familia, aprender algo del cuarto Mandamiento?".

Consideremos el estudio de la dignidad paterna.

Los dos pensamientos fundamentales de este capítulo serán:

I. Cómo ensalza Dios la autoridad de los padres.

II. Cómo rebajan los padres su propia autoridad.

I. Cómo ensalza Dios la autoridad de los Padres

No se puede poner en tela de juicio, que Dios en el cuarto Mandamiento defiende en primer lugar el respeto, la autoridad de los padres.

Pero ¿es necesario defenderlos de un modo especial?, podrá preguntar alguno. Las relaciones entre padres e hijos son tan íntimas, tan naturales, que ya no pueden concebirse lazos más estrechos. Mira los pájaros, ¡con qué afán y esmero revolotea la madre sobre el nido de sus pequeños que pían! Mira el sacrificio sin límite de que son capaces los padres por sus hijos. Mira la intimidad indecible, la ternura con que los niños tienden sus brazos hacia su madre. ¿No bastan estos lazos naturales? ¿Es preciso estrecharlos más?

No bastan. Y para comprenderlo, es menester echar una ojeada a las bases, a los principios de la autoridad.

Donde viven juntas varias personas, es necesario que haya orden. Esto es claro. Pero ¿en qué debe consistir este orden? En que haya quien mande y quien obedezca. Al que manda le llamamos depositario de la autoridad: en la vida económica será una autoridad económica, en la Iglesia la superioridad eclesiástica, en el Estado el poder civil. Autoridad y obediencia son dos conceptos complementarios: si miramos hacia arriba, vemos autoridad; si hacia abajo, obediencia. Y cuando tambalea entre los hombres el respeto que se debe a estas dos palabras, entonces se conmueven las bases de la vida social, de una vida digna del hombre y ordenada.

La autoridad es necesaria: sin autoridad no hay sociedad. Y añadido aún una afirmación de capital importancia: ¡No puede haber autoridad sin Dios!

En efecto, el que recibe órdenes de otro puede preguntar con todo derecho con qué título se le manda. Porque el padre y la madre son humanos, como los hijos: ¿con qué título quieren, pues, mandarles? El sacerdote, el juez, el diputado, el ministro, el rey, son hombres, como sus subordinados: ¿con qué título quieren mandar a los demás?

Y no se diga que "porque son más viejos, más prudentes, más instruidos". Aunque yo sea más joven, menos instruido, más pobre..., no dejo de ser hombre, hombre como ellos; y por esto no tienen derecho a exigir que yo haga lo que quieren ellos. Puede ser que tú seas fuerte y yo débil, mas ello no te da derecho a que me mandes tú, que eres hombre como yo. Quizás parezca un poco extraño, pero he de consignarlo, porque así es: si la autoridad no tuviera otra base que, ésta: "soy más fuerte, más prudente, más viejo; por tanto, ¡obedece!", entonces —y no se escandalice nadie— tendrían razón los anarquistas, al decir que todos los hombres son igualmente libres; por tanto, "al que quiere mandar en tirano, yo lo elimino..., ¡perezcan todos los Gobiernos y todos los monarcas!"

Así como suena, es muy cruda la cosa. Pero así sería, si sobre la autoridad — y en ello estriba el hondo significado del cuarto Mandamiento— no brillara una luz sobrenatural, una luz religiosa.; la autoridad, la ley de Dios. Hay que ponderarlo bien: ¡un hombre obedece a otro hombre! No es cosa baladí; porque yo también sostengo que el hombre sólo conserva su propia dignidad sometándose a la voluntad de otro, si lo hace por obedecer a Dios. Podría obedecer por temor, podría cumplir la voluntad de otro hombre por adulación, por cálculo, por astucia, por afán de lucro; pero estos motivos son indignos del hombre.

Por esto es un método de educación erróneo el prometer bombones, muñecas, juguetes..., y qué sé yo cuántas cosas más, a los niños traviesos, con tal que obedezcan. No, no; lo que con esto se logra no es obediencia, es sencillamente... comercio. La obediencia consiste en hacer lo que se manda, porque en la persona del superior se ve la autoridad de Dios: el hijo la ve en

los padres, el alumno en el profesor, el aprendiz en su maestro, el ciudadano en el poder estatal. O la autoridad —también paterna—se remonta a Dios, o se queda completamente por los suelos.

¡Ojalá nunca olvidasen los padres que su autoridad viene de Dios! Y ¡ojalá toda la vida de la familia se fundara en esta base tan santa!

Toda la sociedad cruje y se tambalea en torno nuestro. ¿Y qué creéis que la salvará? ¿La legislación? ¿Las medidas sociales? ¿Las cajas para la vejez y para los pobres? ¿El mejoramiento de las condiciones del obrero? Sí; todas estas cosas son necesarias, pero... no pueden salvar la sociedad. ¿Qué es lo que la salvará? ¿Mitines? ¿Artículos de fondo? ¿Discursos? No podrán salvarla.

El remedio es éste: robustecer la vida familiar, renovarla sobre bases cristianas. Necesitamos padres y madres como los quiere el cristianismo. Hay muchos hombres entre nosotros..., pero ¡no hay padres! Hay mujeres, señoras, damas entre nosotros..., pero ¡no hay madres! ¡Dadnos padres cristianos y madres cristianas y salvaremos este mundo en ruinas.

¿Cómo han de ser los padres?

La misión del padre y de la madre, según el sentir cristiano, sigue inmediatamente a la del sacerdote. Es un deber tan alto el suyo, que para su cumplimiento Nuestro Señor instituyó un sacramento especial. Según la mente de Jesucristo, sólo hay dos misiones de importancia tan vital que merezcan y necesiten la gracia especial del sacramento. No hay un sacramento instituido para los políticos, no lo hay para los profesores, para los médicos, los jueces, los abogados; pero lo hay para los sacerdotes y para los padres.

a) Padres de familia, medita lo que significa el *ser padre*. Significa: ser el *rey de la familia*. El rey tiene corona. ¿Dónde está la vuestra? Allí, en vuestra frente; el Señor la puso en las sienes del primer hombre, del primer padre de familia. Brilla en vuestras sienes. ¡Apreciad vuestra corona real!

¿Cómo? Con el cuidado de vuestra familia, con el ánimo dispuesto al sacrificio.

Pero —me dirá alguno — ¿es necesario inculcarnos estas ideas? ¿No trabajamos nosotros por la familia, afanando ganancias día y noche?...

Trabajáis, padres de familia, en la fábrica, en la oficina, en el banco, en el despacho. Pero en casa... ¿trabajan todos?

— ¿En casa? Yo... hasta llevo documentos a casa. En casa también hago trabajo privado, para ganar más...

—No me has entendido. La familia no necesita tan sólo dinero; a los niños no

les basta el tener juguetes, ni a la mujer tener vestidos: la esposa necesita un marido que ame su hogar, y los niños un padre que sienta preocupación por ellos, que los cuide, que se interese por sus cosas. Padres, que trocando la noche en día, os matáis por el negocio; que aun en casa os inclináis sobre el papel hasta los diez de la noche, y si vuestra esposa se atreve a pronunciar una palabra, le cerráis los labios con aquello de que "¡no me dejas ni trabajar!", y no tenéis para ella una palabra de afecto..., decidme: ¿qué importa si van bien los negocios y el niño es un mal educado?

b) Y vosotras, madres, medita también, ¡qué significa el ser madre! Dadnos madres, madres abnegadas, que sepan educar a sus hijos con amor prudente... y salvaremos el mundo. ¡Aún este mundo que cruje y está para derrumbarse!

¡Dadnos madres! El mundo actual y su prensa sólo hablan de los reyes de la Bolsa, de los ases del deporte, de la pantalla, de la moda, del pulmón, de la garganta. Gritemos, pues, en medio de este entusiasmo de mercado, pregonando el pensamiento de la Iglesia: ¡Hermanos! No son éstas las verdaderas grandezas. Los héroes verdaderos son los héroes de la vida cristiana. Nuestras heroínas son las madres conscientes de su deber, aquellas madres que el mundo no aclama, aquellas que durante toda la vida realizan su trabajo que nadie ve, entre las cuatro paredes del hogar silencioso. Nuestros héroes no son los campeones del salto de altura, de la motocicleta, de la carrera; nuestras heroínas no son las que brillan en el mundo de la frivolidad, sino las madres, que velan por la noche a la cabecera de su hijo enfermo; las que, viudas, con muchos hijos, no se amilanan por las dificultades que se conjuran contra ellas; las que saben si rezan o no sus hijos, y cuántas veces van a confesarse y comulgar; las que por la noche hacen repetir la lección a sus hijos, aunque no entienda una palabra del libro de texto. ¡Oh!, este amor materno inagotable. El mismo Dios, que en la Sagrada Escritura quiere darnos a entender cuánto nos ama, toma un símil de la madre: "*¿Puede la mujer olvidarse de su niño, sin que tenga compasión del hijo de sus entrañas? Pero aun cuando ella pudiese olvidarle, Yo nunca podré olvidarme de ti*" (Ex. 20, 2, 12), dice el Señor.

¡Oh! ¡El amor materno inagotable! ¿Conocéis la leyenda horripilante que cuenta el pueblo de la Francia meridional? Un día se vio preso un joven en las redes de una mujer casquivana, que le habló de esta manera: "Demostrarás que me amas de veras, si me traes el corazón de tu madre para que sirva de alimento a mi perrito". Y el obcecado hijo mató a su madre... y se llevó el corazón..., se lo llevó para el perrito... Tropieza por el camino y cae. El corazón de la madre rueda lejos. Y este corazón, el corazón materno, que chorrea sangre; el corazón de la madre asesinada, dice temblando: "Hijo mío, ¿te has hecho daño?"

¡Oh, el amor materno inagotable! Amor que sobrevive a la misma muerte. Amor que es ángel custodio del hijo adulto, aun cuando hace tiempo que la tumba guarda el cadáver de la madre.

"¡Oh!, la tumba cubre muchas cosas : la tristeza, la alegría, la luz, el amor;

pero si alguien amó a su hijo, su amorosa solicitud no queda encerrada en la tumba" (Pál Gyulai)

El gran pensador francés, el Conde de Maistre, en cierta ocasión raciocinaba de esta manera : Los grandes valores culturales de la humanidad no fueron creados por mujeres. La Ilíada y la Odisea, La Divina Comedia y el Fausto, la organización de los Estados, las victorias militares, las magníficas catedrales, no son obra de mujer; las debemos a los hombres. Y con todo, porque son ellas las que llevan sobre su pecho a los hombres del porvenir son ellas las que modelan el carácter de una generación fuerte y digna.

¡Qué sublime es la autoridad de los padres! ¡Cómo la ensalza Dios!

II. Cómo rebajan los padres su propia dignidad

Desde que Cam hizo befa de su padre, muchos hijos hicieron lo mismo con los suyos; desde que Absalón levantó las armas contra el autor de sus días, muchos hijos clavaron dardos de amargura en el corazón de sus padres; y desde que Dios castigó al sumo sacerdote Helí, por la excesiva suavidad con que trataba a sus hijos malos, muchos padres hubieron de sufrir por sus hijos. Es una verdad de todos los tiempos. Pero acaso la humanidad jamás ha visto tantos padres que se quejan ni tantos hijos que se rebelan, tanta crisis de autoridad social y legal, como el día de hoy.

Vienen madres con los ojos arrasados de lágrimas, porque su hija, ya crecida, les contesta groseramente. Vienen padres, cuyo hijo los trata con desprecio. Vienen maestros que se quejan de la familia, porque los niños, excesivamente mimados en casa, no pueden ser disciplinados en la escuela. Y allí está el hogar que, a su vez, se queja de la escuela, porque los niños aprenden cosas malas que en casa nunca habían visto.

Todo el mundo se queja; todo el mundo busca la causa del mal. ¿Y sabéis cuál es la causa? El que muchos padres y muchos superiores se han olvidado de la autoridad sublime con que ciñó Dios la frente de la paternidad. Los padres son los lugartenientes de Dios en la educación de los hijos.

A menudo son los mismos padres los que se quitan de la frente la aureola que Dios les puso. *¿Sabéis por qué no cumplen muchos hijos el cuarto Mandamiento? Porque muchos padres no cumplen los demás.* Y aquí todo se concatena, aquí no se puede escoger.

Hay padres que hacen con el Decálogo lo que con el Padre nuestro. La primera parte no les interesa: "Santificado sea Tu nombre, venga a nosotros Tu reino"... Esto no, esto no es interesante. Pero en cuanto se trata de sus propios intereses: "el pan nuestro de cada día, dánosle hoy"... ¡Ah!, entonces sí, esto ya vale la pena. Y así hacen también con el Decálogo: Adora a Dios, respeta su santo nombre, ve a oír misa. Esto no interesa. Pero el cuarto Mandamiento, ¡ah!, éste sí, éste ya quieren que se cumpla; les gustaría tener

hijos obedientes, buenos.

¡Querías fruto sin árbol! ¡Querías cosechar sin haber sembrado!

Pero no es posible. Porque Dios es el Dios del orden. ¿No vemos en la sublime armonía del universo las leyes del orden, de la precisión, de la medida? Cada brizna de hierba, cada granito de arena tiene su puesto. Y de un modo análogo, cada ley del Decálogo tiene su puesto y su importancia, y nada puede borrarse de él ni ser tratado con regateos.

Una madre se quejaba, desesperada, de su hijo, que tenía treinta y ocho años de edad: "No tiene respeto a su madre, la trata con una grosería espantosa, la vitupera de continuo, despilfarra todos sus haberes". Yo habría querido consolar a la madre afligida. Pero ¿quién puede consolar a la madre afligida? ¿Quién puede en tal caso, sino Dios? Le pregunté: "Señora, ¿suele usted ir a confesarse y a comulgar?" Me mira... "No. No he ido desde mis bodas".

Tiene un hijo de treinta y ocho años de edad, ¡y ella no ha ido a confesarse desde que se casó! Así cumple la ley de Dios; y se queja porque su hijo no guarda el cuarto Mandamiento y no honra a su madre. ¡A la madre, que es la primera en no respetar los Mandamientos de Dios!

No nos forjemos ilusiones. El niño, el niño de aguda vista, no solamente nota que los domingos su padre, en vez de ir a la iglesia, entra en el café, y su madre va de visitas, sino que además se vale de las negligencias de sus padres como de arma para justificar sus propias infracciones. Y si sus padres no se sienten obligados por el tercer Mandamiento, que prescribe la santificación del domingo, él tampoco se siente ligado por el cuarto Mandamiento, que impone la obediencia.

¡Y no pueden regañarle! Porque ¿con qué derecho exiges que tu hijo te respete a ti, su padre terreno, si tú no respetas a Dios, tu Padre celestial?

¡Padres! ¡Dios os invistió de una autoridad sublime; no abdiquéis de ella, no os quitéis vosotros mismos la corona de vuestra frente!

* * *

La redacción del cuarto Mandamiento revela una profunda sabiduría divina. No dice: "Ama a tu padre y a tu madre", sino "*honra*".

Has de ser, por tanto, un padre digno, que merezcas ser honrado de tu hijo, y que pueda éste ponerte por modelo. En cualquier momento, en cualquier circunstancia que te mire, ha de sentir brotar el más fervoroso entusiasmo en su alma. Dichoso el niño que guarda una memoria ideal de sus padres, porque tal recuerdo bendito será un ángel custodio en la tentación, aun cuando la tumba de los padres esté cubierta de hierba, muchos años después de haber fallecido. En las autobiografías de los grandes hombres

encontramos a veces revelaciones emocionantes del modo como los libró de caer el suave recuerdo de la madre muerta.

"Época del progreso", decimos que es la nuestra. Y con razón. Es realmente asombroso el desarrollo técnico de que somos testigos.

¡Adelante! ¡Adelante! Pero en un punto hemos de cambiar de divisa: ¡Atrás!

¡Atrás! ¿A dónde hemos de ir? ¡A la sublime enseñanza del cuarto Mandamiento! Al modo de pensar de aquellos padres que se consideraban representantes de Dios. A los padres aquellos, que sentían en sus sienes la corona que Dios les puso, y la llevaban con solicitud por saber que la suerte terrena y eterna de sus hijos dependía en gran parte de su vigilancia y esfuerzo.

La mayor alegría de los padres, también acá en la tierra, es la felicidad de sus hijos; y creo que también en la vida eterna ésta será la plenitud de sus goces. Es cierto que la dicha sustancial de la vida eterna consiste en la intuición de la majestad infinita de Dios, pero hay también un goce accidental, y seguramente para los padres será el ver a sus hijos a su lado, en el acatamiento del Señor; a los hijos, que les deben a ellos, después de Dios, el haber llegado al cielo.

¡Señor! Danos padres que, respetando en sí mismos la dignidad sublime que les has conferido, lleguen, juntamente con sus hijos, a la visión beatífica de la eternidad.

(Mons. Tihamér Tóth, *Los diez Mandamientos*, Ed. Poblet, Bs. As., 1944, pp.243-251)